

**Educar para la Esperanza**  
**VI Congreso Pedagógico Pastoral**  
**“Gestionar hoy la educación del futuro”**

Octubre de 2018  
Pbro. Pedro Trigo Sj.

Primero nos ocuparemos de lo que puede significar concretamente la esperanza para un cristiano en Venezuela hoy, tema muy pertinente y arduo, y luego veremos cómo educar en esa dimensión tan decisiva.

El contexto es el éxodo de tantos venezolanos que no sólo experimentan un presente sin condiciones para vivir, sino que no perciben ningún futuro en el país, tal como se encuentra, y no ven indicios de que vaya a cambiar. Para no pocos quedarse en el país es indicio de que uno es un quedado, es decir, alguien que no tiene arrestos suficientes para tomar decisiones y que deja que la vida lo vaya viviendo, aunque actualmente sería más adecuado decir muriendo. Irse sería indicio de que uno no se resigna a esta muerte en vida.

Quienes no estamos de acuerdo con esta apreciación ambiental y hemos optado consciente y libremente por quedarnos en el país tenemos la obligación de dar razón de nuestra esperanza (1 Pe 3,15). Esto es lo primero que haremos y luego veremos cómo educar consecuentemente en esta dirección vital. La razón es muy sencilla: si no es realmente una dirección vital asumida personalmente, lo que digamos sonará a doctrinas muertas, a consignas vacías, incapaces de dar vida a nadie.

**QUÉ ENTENDEMOS POR ESPERANZA Y CUÁL ES SU FUENTE**

Para nosotros, los cristianos, la esperanza es una virtud teologal, lo que significa que la fuente de nuestra esperanza es Dios. Para los cristianos la esperanza no tiene nada que ver con el optimismo, que es algo temperamental y que puede llegar a ser también algo aprendido, si nos suele ir bien en la vida. Tampoco tiene nada que ver con la expectativa razonable de que vamos a tener éxito.

Tomando la formulación de la *Populorum Progressio*, que cita Medellín en un texto clave, la esperanza tiene que ver con pasar de condiciones de vida menos humanas a más humanas, que comienza con tener las necesidades mínimas cubiertas y con haber superado el egoísmo y con no estar implicados en las estructuras opresoras, y culmina en “la fe, don de Dios acogido por la buena voluntad de los hombres, y la unidad en la caridad de Cristo, que nos llama a todos a participar como hijos, en la vida del Dios vivo, Padre de todos los hombres”. Los cristianos esperamos pasar a condiciones de vida más humanas, porque creemos que el ser humano no es “una pasión inútil” (Sartre), porque creemos que eso es lo que Dios quiere y puede darnos, lo que sale de su relación con nosotros, en definitiva, de su bondad, que se muestra como simpatía y misericordia. Esperamos, pues, porque Dios nos quiere, en definitiva, porque es bueno.

Ahora bien, tenemos que esperar nosotros; somos nosotros los que tenemos que aceptar esa relación de Dios con nosotros y corresponder, viviendo de ella. Tenemos que vivir desde

nuestra condición de hijos y consiguientemente de hermanos en todo lo que pensemos, sintamos, proyectemos y hagamos, en todas nuestras demás relaciones. Esto requiere que esta relación con Dios sea muy intensa, muy densa; requiere que llegue a convertirse en una actitud habitual, si quiere prevalecer sobre tantos motivos de desilusión, de abatimiento, de rabia impotente, de huida, que nos vienen de todos los lados, porque la impunidad reinante entre nosotros causa la anomia, pero que, en definitiva, se originan en el gobierno, que sólo busca perdurar a toda costa, porque no quiere dejar lo arrebatado con tanto descaro y porque sabe que cuando caiga le espera la cárcel, aunque no sea de inmediato.

Por eso Pablo dice que Abraham esperó cuando ya no había motivos para esperar y por eso nos insta a esperar contra esperanza (Rm 4,18), es decir, cuando parece que todo está perdido. Esto tiene sentido porque la medida de las posibilidades de las situaciones y las personas no la damos nosotros, nuestras capacidades ni la correlación entre las potencialidades y las limitaciones de la situación. Dios y su amor son la medida de lo que es posible. En ese sentido preciso los milagros que Jesús obraba no son excepciones de las leyes de la naturaleza, como siguen creyendo los ilustrados y gran parte de la institución eclesiástica, sino la muestra de hasta dónde llegan sus posibilidades, encarnadas en una humanidad plena, completamente vertida a los demás. Jesús nos muestra, pues, hasta dónde podemos llegar los seres humanos, si actuamos hasta el colmo nuestra condición de hijos de Dios en su Hijo único y de hermanos de los demás en el Hermano universal, sin excluir a nadie y privilegiando a los pobres.

Por eso, si vivimos plenamente como hijos y hermanos, adquirimos una densidad humana tan grande que la situación tan agobiante que estamos viviendo, puede afectarnos muchísimo, hasta puede llegar a matarnos; pero no nos influye nada. Nuestra vida nace de esas relaciones que recibimos de Papadios y de tantas hermanas y hermanos, y de nuestra correspondencia a ellas. Viviendo y actuando de ese modo alcanzamos la libertad liberada. Esto es lo que significa lo que dijo Jesús, como expresión adecuada de lo que vivía, que “no sólo de pan vive el ser humano”, que vive de las relaciones con Dios y con los demás.

Por eso dijo Jesús que no temamos a los que únicamente pueden quitarnos la vida; que tenemos que temer a los que pueden deshumanizarnos y conducirnos así al fracaso (Mt 10,28). Por eso Jesús culminó su proceso de humanización precisamente en la cruz: venciendo al mal a fuerza de bien. Y lo más sorprendente es que esto fue perceptible: el centurión que comandaba el ajusticiamiento vio, al principio sorprendido, luego interesado, después admirado y finalmente sobrecogido, que Jesús no seguía el guión, que no hacía como los demás crucificados: no se echaba a morir para no sufrir más ni moría de terror o como un perro rabioso. Él vivía ese trance, tan despiadado, afrentoso y dolorosísimo, en paz, abierto a todos, no sólo a su Padre y a los suyos, sino incluso a los que lo habían condenado y se jactaban de su triunfo y a los torturadores, también a él, que comandaba la operación. Por eso concluyó que una persona tan humana, tan humana, no podía ser sino hijo de Dios (Mc 15,39). En efecto, Jesús murió poniéndose en los brazos impalpables de su Padre, llevándonos a todos en su corazón y pidiendo perdón por los que lo asesinaban. Fue la actuación de esas relaciones la que le permitió triunfar sobre tanta ignominia y crueldad. Triunfó no sólo porque no pudieron quebrarlo y murió con la humanidad más consistente posible, sino porque su existencia fue fecunda: no acabó en la cruz, como pensaron sus enemigos, sino que fue recreado por su Padre y sigue atrayéndonos con el peso infinito de su

humanidad. Jesús, cuando ya no tenía nada que hacer ni nada que decir, murió esperando firmemente que la última palabra de su vida la iba a tener su Padre y que iba a ser una palabra de reconocimiento y, consiguientemente, de recreación de la muerte en su seno. De esa esperanza se nos llama a participar.

Insisto en que esa esperanza está abierta para nosotros, y no sólo abierta sino propuesta y constantemente propiciada por el propio Jesús y por su Espíritu, que es también el de Papadios. Ésa es hoy en nuestro país la fuente de nuestra esperanza. Y ése es también su contenido: esperamos con fe inquebrantable pasar de condiciones de vida menos humanas a más humanas, en definitiva, tenemos esperanza fundada de llegar a ser plenamente humanos. Insistimos, lo que esperamos los cristianos, lo que nuestro Dios nos promete, no es el éxito sino la calidad humana. Eso perseguimos con la confianza en que lo alcanzaremos.

### LA ESPERANZA NO ES UNA DOCTRINA QUE PROFESAMOS SINO UNA REALIDAD QUE TESTIMONIAMOS Y PROPONEMOS

Y tenemos que decir como buena nueva que no son pocos los que la actúan consecuentemente, no sólo en otros lugares del mundo, sino específicamente en nuestro país y en nuestra situación. Así pues, no estamos exponiendo una doctrina, la que podríamos llamar doctrina cristiana, la que sustenta la institución eclesiástica y la que tendría que transmitirse en las instituciones educativas católicas, sino la buena nueva que testimonian hoy en nuestro país los cristianos consecuentes, ante todo, con su vida. Porque es una buena noticia, una noticia realmente trascendente, que en nuestro país, en esta situación tan desastrosa, haya tantas personas que no se aprovechan de la situación ni se resignan a ella ni se la pasan maldiciéndola, sino que viven desde ellas mismas, desde su conciencia de dignidad, desde las relaciones que reciben y entablan y que por eso, a pesar de no tener suficientes elementos para vivir y a pesar, muchas veces, de sobresaltos, y aun de acontecimientos dolorosísimos, viven, no sobreviven, viven haciendo justicia a cada una de las dimensiones de la vida, viven humanamente y a plenitud, conviven y hasta dan de su pobreza, a pesar del desgaste que acarrea hacer frente a cada aspecto, pero recibiendo fuerzas y alegría de la fecundidad de ese modo de vida, de los aportes que dan, de lo que reciben, de los encuentros personalizadores.

Así pues, afirmamos como constatación gozosa que muchos viven hoy en nuestro país con esperanza, cuando parecería que no hay ningún motivo para esperar y muchos para desesperar.

Afirmamos más concretamente que no viven de ilusión, como muchos de izquierda de nuestro país y de los demás de América Latina, que han empeñado su vida en un cambio de estructuras hacia una mayor justicia y solidaridad y hacia un dinamismo humanizador, y, como no lo han conseguido porque en realidad ese cambio no se ha dado, prefieren creer en palabras altisonantes, aunque las desmienta la realidad, antes que enfrentarse a la realidad para hacerse cargo de ella y seguir luchando por ese cambio anhelado que todavía no se ha dado. Prefieren vivir de ilusión, antes que reconocer que no lo hemos logrado y revisar en qué se ha fallado para enmendar los yerros y seguir la marcha. Nosotros, como tenemos fe y esperanza, no necesitamos hacernos ilusiones, podemos mirar a la realidad de frente, más

aún, estamos empeñados en hacer justicia a la realidad siendo honrados con ella y seguir en el empeño de vivir humanamente y seguir luchando por humanizarla.

Por eso somos capaces de mirar de frente la insensatez del gobierno que ha acabado con todas las fuentes productivas porque ni produce ni deja producir, que ha acabado con el Estado, con la administración pública eficiente e imparcial, y sólo se dedica a mantenerse, cada vez con más violencia, aunque el país resulte invivible por tanta devastación. Pero así como somos capaces de ver de frente tanta ignominia, también somos capaces de percibir que muchos compatriotas nuestros no se aprovechan de la situación ni se resignan a ella ni viven maldiciéndola, sino que viven su vida desde sí mismos desde su dignidad, desde las relaciones que entablan, desde su sentido de realidad que las lleva a aprovechar todas las ocasiones con un gran sentido de oportunidad porque, como no se preocupan de la situación porque están realmente en manos de Dios, gastan todas sus energías en ocuparse proactivamente de ella para que dé de sí al máximo.

Así pues, la fuente de nuestra esperanza no es sólo la relación de Dios con nosotros sino también la aceptación de esa relación por parte de muchos, que viven realmente a partir de ella y por eso son capaces de vivir humanamente cuando no hay condiciones para vivir y de vencer al mal a fuerza de bien (Rm 12,21). Todos nosotros somos llamados a ser también fuente de esperanza y a mantenernos en ese empeño e incrementarlo, si ya lo somos.

### **EL EJERCICIO DE LA ESPERANZA INCLUYE HOY TRABAJAR POR CREAR Y CONSTRUIR UNA ALTERNATIVA SUPERADORA**

Pero no basta con esto, con ser tan precioso y lo verdaderamente definitivo, escatológico. Si tenemos esperanza, no sólo viviremos en la polifonía de la vida cuando no hay condiciones para vivir y daremos de nuestra pobreza; también e irrecusablemente expresaremos esa esperanza pergeñando y construyendo mancomunadamente una alternativa superadora. No basta con vivir aquí como Dios manda; Dios manda también que gastemos perspicazmente muchas energías, no sólo en salir de esta situación cruel, despiadada e infecunda, sino en ir poniendo las bases de una alternativa superadora.

No podemos ir al otro polo: a que haya de todo para que unos pocos tengan de todo y la mayoría se mate a trabajar como hormigas disciplinadas para tener el mínimo e ir subiendo lentísimamente al precio de abjurar de toda solidaridad y de olvidarnos del bien común. Tenemos que poseer los bienes civilizatorios del occidente mundializado e incluso sus bienes culturales que profesa, pero no practica; pero para poner esos haberes en común, formando verdaderos cuerpos sociales en los que se practique el bien común como el verdadero bien de las personas. No podemos resignarnos a la mayor desigualdad e inequidad de la historia, no sólo por su palmaria inhumanidad, sino porque va a hacer imposible la vida en el planeta.

Esto no se lo podemos dejar a los políticos, que actualmente en su mayoría son un apéndice más o menos descarado del poder económico. Vivir alternativamente y encaminarse a una sociedad alternativa son dimensiones impostergables de cada persona y en concreto, para el tema que tratamos, son un ingrediente imprescindible de la esperanza.

El problema para cultivar esta dimensión de la esperanza es que apenas existen cauces. Tenemos que servirnos de los que existen en esta dirección y así repotenciarlos, hasta crear una verdadera opinión pública y cauces sociales y políticos aptos para canalizarla.

## EDUCAR DESDE NUESTRA CONDICIÓN DE PERSONAS CON ESPERANZA

El punto básico, el presupuesto indispensable para educar en esta actitud es que el educador no diseccione su vida profesional de su vida personal, entendiendo que en su desempeño como educador es únicamente un técnico lo más solvente posible. Si acepta esta dicotomía, no puede sembrar esperanza porque ésta no es un saber objetual ni algo que pueda aprenderse mediante técnicas, por más sofisticadas que sean. Es una actitud fundamental, que, si no quiere reducirse a una ilusión conductual, sólo se puede sembrar dando motivos reales que la hagan creíble, pero más aún, mediante el modelaje, es decir, haciendo ver con la propia existencia concreta y en sus relaciones con los alumnos, en qué consiste realmente y lo humanizador que resulta vivir desde ella.

Sí tiene sentido que el educador distinga entre su vida pública y su vida privada; pero no que la diseccione como dos compartimentos estancos. Debe educar desde su propia persona, la misma que actúa con coherencia en el resto de su vida.

Esta disección entre ambos ámbitos y la insistencia en que la vida privada es cosa de cada quien en la que nadie tiene que meterse y que sólo cuenta el desempeño público, ha traído como consecuencia que la inconsistencia privada ha socavado el desempeño público hasta unos extremos escalofriantes, hasta hacer de esta sociedad, como viene denunciando sistemáticamente el papa Francisco, una sociedad inhumana y hasta criminal. No me refiero sólo a los continuos escándalos de corrupción de políticos y banqueros, para tocar dos extremos, cuyo representante conjunto y confeso es el actual Presidente de Estados Unidos, sino, sobre todo, al establecimiento de unas reglas de juego y, más todavía, a un modo de interpretarlas en la práctica, en las que el capital tiene la voz cantante, y la vida de los seres humanos y su humanidad se han vuelto magnitudes residuales. Por eso el que confesó en su campaña haber hecho tres quiebras fraudulentas es Presidente de la nación, en vez de estar en la cárcel.

Esto socava también la educación, que, en el mejor de los casos en el orden establecido, es una educación formalizada que busca con toda solvencia la adquisición de conocimientos y métodos de aprendizaje y actitudes de fondo que estimulen el desarrollo de las cualidades humanas, con abandono total de la calidad humana. De tal manera que muchas veces la educación tenida como más exitosa produce gente habilísima para gerenciar este orden inhumano con la mayor frialdad y prescindencia de sus efectos devastadores en las posibilidades de vida de la mayoría, en la suerte de la casa común y en su propia humanidad. Si, como se proclama, hemos llegado ya al fin de la historia y estamos ante el último hombre, es decir, ante el tipo definitivo de seres humanos (Fukuyama), y, por tanto, no existe el pasado ni el futuro, sino únicamente el desarrollo de las potencialidades actuales en el sistema actual, si vamos bien y los que están mal es porque no dan la talla, si, concretamente, nosotros, los venezolanos, lo que tenemos que hacer es pasar adonde han llagado ya Colombia o Chile o Argentina o Brasil y lo que representan sus mandatarios, la esperanza no tiene ningún sentido.

Lo único real es ponerse las pilas y dar la talla y, si no se es capaz, no echar la culpa a nadie y vegetar y morir en silencio.

Si no distinguimos adecuadamente entre cualidades humanas y calidad humana, y no vemos que las cualidades cultivadas por sí mismas nada tienen que ver con la calidad humana, y que, sin embargo, el que busca vivir humanamente sí se cualifica al máximo para convivir útilmente y buscar mancomunadamente el bien común, no podremos educar cristianamente y la esperanza estará ausente de nuestro horizonte. Si no confundimos la esperanza con la expectativa de conseguir las metas cuidadosamente planificadas y llegar a estar satisfechos. Recordemos que para nosotros la esperanza es una virtud teologal, es decir, que su autor es Dios, aunque nosotros no seamos meros destinatarios sino coautores, al recibir su relación y corresponderla, y su contenido la calidad humana, que es siempre relacional, cuyo paradigma, prototipo y arquetipo, y, por tanto, parámetro, es el propio Jesús de Nazaret.

Lo que llevamos dicho no es lo que da la pauta en el orden establecido y por eso debe ser muy explícitamente cultivado, no sólo cada educador, personalmente y como educador, sino cada plantel y el sistema como tal, si quiere llevar con coherencia el nombre de educación católica.

#### EDUCAR EN ESPERANZA ES NO DAR A NADIE POR PERDIDO

Desde esta actitud de base viene el no dar por perdido a nadie. Es una exigencia primaria de la humanidad cuya cifra es Jesús. En efecto, él recibió el bautismo de penitencia del Bautista porque nos llevaba a todos en su corazón; por eso confesó los pecados con más dolor que todos los penitentes juntos de la historia. Pudo confesarlos en primera persona de plural porque nos asumió realmente. Eso significa en concreto que se hizo nuestro Hermano. El que aspira a ser humano como Jesús, vive desde el corazón del Hermano mayor y desde él asume a todos como hermanos, no sólo a los suyos sino a los desconocidos e incluso a los enemigos. No sólo a los cualificados y responsables, sino a los no cualificados y a los cualificados irresponsables que sólo buscan su bien, entendido con salirse con la suya, y no tienen ningún hermano.

Ese ser humano que es el educador y, consiguientemente la institución educativa, si aspira a investir la humanidad de Jesús, no puede dar a nadie por perdido. No puede, pues, dedicarse a los económicamente solventes y a los que tienen un gran potencial de cualidades humanas y dejar a los demás para que los eduquen otros con menos ambición educativa. Para los cristianos la ambición educativa tiene como primer contenido no dar por perdido a nadie y privilegiar a los de abajo y a los que están dispuestos a entablar con ellos una alianza de vida; pero sin descartar a nadie.

Hoy está muy de moda hablar de las élites y preferirlas para todo, también en la educación: una educación para formar líderes. Parecería que el que no se lo proponga no está en nada. Yo lo que anhelo y en lo que trabajo porque creo que nos lo pide el Dios de Jesús, es en que todos lleguemos a desarrollar al máximo nuestras potencialidades y establezcamos la reciprocidad de dones como alternativa al intercambio desigual y lleguemos a dar de nosotros mismos hasta darnos a nosotros mismos, porque, como decía Jesús, “hay más alegría en dar que en recibir” (Hch 20,35), aunque tiene pleno sentido recibir con agradecimiento lo que se nos da como expresión de fraternidad.

Jesús no dio por perdido a nadie. Fue un sembrador que hizo lo que no hacía ninguno: sembró generosamente en el camino, entre piedras, entre espinos y en tierra buena. ¿Por qué lo hizo? ¿Es que no le importaba la semilla? Lo hizo porque pensó que un corazón cerrado podía llegar a abrirse, un corazón mezquino podía volverse generoso, un corazón dividido podía llegar a unificarse, aunque también fue consciente de que la tierra buena podía echarse a perder. Por eso cultivó toda clase de tierras y lo hizo asiduamente. No dio a nadie por perdido. Ni a los fariseos que le preguntaban insidiosamente para tener de qué acusarlo, ni a Pilato que lo estaba juzgando. Por eso murió pidiendo al Padre por los que lo habían condenado y por los que lo estaban ejecutando.

Por eso no fue sectario: no habló a los selectos. Pudo decirle al jefe que lo interrogaba sobre su doctrina que no había hablado en secreto, que siempre había hablado donde se reúnen los judíos (Jn 18,20). Por eso se centró, sobre todo, en el pueblo tenido por bajo por los de arriba (*ojlos*), en los insignificantes (*nephioi*) y se alegró que de precisamente a ellos hubiera querido revelar el Padre los misterios del reino (Lc 10,21).

¿Son éstas las preferencias de la educación católica? El reto es una educación con la mayor calidad posible para todos, privilegiando a los considerados por los de arriba como la masa prescindible por no tener peso específico. Ése fue el tremendísimo aporte de Luis Beltrán Prieto Figueroa a la educación venezolana: una educación pública a la altura del tiempo y con especial atención a la dignidad de la persona y específicamente de la popular. Ése fue también el empeño del padre Vélaz en las escuelas de Fe y Alegría: insistía en que la educación a los pobres no podía ser una pobre educación, sino la mejor. Ahora bien, desde lo dicho desde el comienzo, la mejor en el sentido de humanizadora, con calidad humana, y, por eso, lo más cualitativa posible.

Forma, pues, parte ineludible de la esperanza cristiana no dar por perdido a nadie en ningún campo y concretamente en la educación. Esto implica no seleccionar previamente a los alumnos con más potencialidades y, no menos, no dejar que se descuelguen los que tienen menos capacidad o están con más problemas o desnutridos o enfermos. Implica también distinguir siempre entre el pecado y el pecador, tanto en el juicio a conductas individuales como en el juicio necesario al orden establecido, tanto a nivel mundial, como en el país. Su condena razonada y situada no puede confundirse con el desprecio, el odio o la condenación de los responsables. Tenemos que pretender siempre su rehabilitación y para ello tenemos que considerarlos siempre nuestros hermanos, aunque sean hermanos enemigos. Ante todo, son hermanos. Esto tiene que ser un punto de honor en la educación católica. Nunca podemos pensar ni tratarlos como los que no tienen remedio. Dios quiere su salvación y nosotros también tenemos que quererla. Es un punto imprescindible de nuestra esperanza. Al fin triunfará el amor. Eso no forma parte de nuestra fe, pero sí, ineludiblemente, de nuestra esperanza.

Insistimos en este punto, no sólo por su relevancia en cualquier hipótesis sino por su actualidad. Hoy en nuestro país muchos muchachos se dan por perdidos, no sólo ni principalmente porque anden por malos pasos, sino por su percepción desesperanzada de la situación. ¿Para qué estudiar, si no nos va a servir para nada, si no hay empleos y los pocos que hay no dan para vivir? ¿Para qué esforzarse, si no va a haber resultados? No hay nada que hacer. Yo no tengo futuro. La educación no me conduce a nada. Además, no hay transporte para llegar, además, voy con el estómago vacío y no tengo fuerzas para nada.

No poco de eso sienten también bastantes docentes. Por eso se han ido y se siguen yendo tantos. Sienten que lo que hacen exige demasiado esfuerzo y apenas logra nada. Educar les supone un esfuerzo desmesurado, lo que ganan no les alcanza para comer, a veces casi ni

para el transporte, y no ven muchos resultados en los alumnos. En estas circunstancias mantener la esperanza en los docentes y sembrarla en muchos alumnos es cuestión de vida o muerte. Incluso para que siga habiendo educación y, desde luego, para que eduque en verdad: para que se pase, en verdad, de condiciones de vida manos humanas a más humanas.

En una situación tan dramática las palmaditas en la espalda y los masajes y las consignas no sólo son inútiles, sino que son una burla, una desconsideración, porque expresan que el que los da no se ha hecho cargo de la dramaticidad de la situación ni del estado en que se encuentran los afectados. Si tenemos esperanza, tenemos que hacernos cargo de la situación y cargar con ella. Sólo entonces estaremos en condiciones de encargarnos de ella y de sembrar una esperanza que, repitémoslo, no se reduzca a mera ilusión.

Tenemos que hacer ver a los muchachos que el primer fin de nuestra educación es el propio muchacho, su persona, su humanidad; y que edificarla con la mayor calidad es un empeño que tiene que emprenderse en cualquier hipótesis. Ellos tienen que ser y pueden ser personas excelentes aun en la peor de las hipótesis, porque ellos no son mero producto de ninguna circunstancia ni están determinados por ella. Es cierto que la situación no puede estar peor; pero también lo es que nosotros podemos estar por encima de ella. Ella nos afecta muchísimo, pero puede no influirnos nada, si sabemos quiénes somos y para qué vivimos y tenemos la suficiente consistencia para que la vida salga de nosotros y de las relaciones que entablamos. Eso es posible y deseable. La educación está para ayudarnos a hacernos personas. Nos hacemos personas al recibir las relaciones personalizadoras y corresponder a ellas; ante todo, de Papadios y de otros que nos quieren bien y nos respetan y nos ayudan y nos estiman tanto que también nos piden ayuda, y al responder nosotros desde lo más genuino de nosotros mismos.

Es cierto que en nuestro país no hay muchas oportunidades de trabajo productivo y bien remunerado; pero también lo es que precisamente por la falta de todo, son más necesarias que en tiempos de normalidad las relaciones de ayuda mutua, la iniciativa para poner vida y humanidad donde tanta falta hace. Se pueden sacar fuerzas de flaqueza para ir entrándole a todo eso y haciéndolo nos edificamos a nosotros mismos como personas, y de paso nos cualificamos.

También es tiempo para prepararnos a fondo para cuando esto cambie. Esto no va a durar siempre y construir una alternativa superadora requiere de muchos talentos y de mucha experticia.

Todo esto hay que hacerlo ver a los muchachos lo más concreto posible. Este es el modo de sembrar esperanza. Pero, si somos en verdad educadores cristianos, tenemos que comunicar fehacientemente a nuestros alumnos que Papadios apuesta por nuestra humanidad y que la fuerza vivificadora de su amor es mayor que tantas fuerza negativas y disolventes.

Sembrar esperanza es hacer ver que este tiempo de desolación, Dios quiere que lo convirtamos en un tiempo oportuno para dar lo mejor de nosotros mismos y así, al darlo, irlo adquiriendo. Para eso tenemos que confiar en su amor y, para que los muchachos lo vean, nosotros tenemos que confiar en ellos, apostar por ellos, aunque desde fuera parezca apostar a caballo perdedor.

**ESTA ESPERANZA SE TRADUCE EN APUESTA POR LA EXCELENCIA, EN EL SENTIDO PRIMARIO DE EXCELENTES PERSONAS Y POR ESO MISMO DE PERSONAS ÚTILES POR TENER ESA ACTITUD Y ESTAR BIEN PREPARADAS.**

Hoy la educación que proponen quienes desde el orden establecido no se resignan a hacer rutinariamente lo consabido es la que toma en cuenta los últimos paradigmas



tecnológicos y de las ciencias del comportamiento para educar en lo que tiene más plausibilidad y vigencia, incluso para educar en la innovación constante, lo que incluye aprender a aprender desde todos los puntos de vista y aprender a trabajar en equipo de la manera más sofisticada posible. Quienes proponen este tipo de educación no tienen esperanza ya que ponen todas sus energías en ocupar todo el espacio y en agrandarlo, y entienden la educación como una inducción lo más cualitativa posible a este horizonte.

Nosotros, como partimos de la base de que este orden establecido es inhumano, no entendemos la educación como ocupar este espacio lo más dinámicamente posible, sino como entablar procesos humanizadores y, por tanto, transformadores de la situación y, ante todo, de las personas. No confundimos la esperanza en que llegaremos a ser plenamente humanos con las expectativas fundadas en tener éxito hoy y más todavía en ese presente agrandado que construimos, y, por tanto, como educamos desde la esperanza, nos empeñamos en trabajar las cualidades que poseemos como dotes, la cualificación por la introyección de los saberes que nos ponen a la altura del tiempo y el aprendizaje de las competencias, desde el fomento de la humanidad, de la calidad humana y como consecuencia suya, y, por tanto, con ese sesgo relativo, es decir, para que vehiculen la calidad humana, y no con el talante del orden establecido que las absolutiza.

Por eso no educamos para el dominio y el manejo eficaz, ni de la naturaleza ni de nosotros mismos ni de los demás, sino para el cuidado horizontal y mutuo, es decir, desde la conciencia de la propia debilidad. Educamos, pues, para la simpatía y desde ella y sólo desde ella, para la compasión. Educamos, más elementalmente, para el con-sistir, para estar unos con otros, de manera que ese modo de estar nos dé consistencia. Educamos en esa respectividad constituyente, porque en el universo todo está ligado y en la humanidad unos estamos vertidos en otros, todos en todos; y, para hacerle justicia a esa realidad, educamos en las relaciones, en las que cada quien da de sí simbióticamente y en las que cada quien pone en común sus haberes para constituir cuerpos sociales en busca del bien común como el verdadero bien personal. Educamos para la cooperación, y el apoyo mutuo, como ejercicio de humanismo, humanismo relacional, no individualista.

Y lo hacemos con congruencia cristiana porque las personas divinas son “relaciones subsistentes” (santo Tomás) y los seres humanos hemos sido creados a su imagen y semejanza. Educar en la esperanza es educar en la confianza en que estas relaciones personalizadas acabarán dando la pauta, desbancando al individualismo ambiental. Esta esperanza es la que nos mueve en este mundo de lobos; una esperanza creadora, transformadora. Una esperanza que asume, insisto, los bienes civilizatorios y culturales de esta figura histórica, pero no dentro de su horizonte individualista, sino para cooperar más eficazmente, sustituyendo la competencia en esta lucha de todos contra todos para que prevalezcan los mejor dotados y con menos escrúpulos y mejor posicionados, por la emulación en la que cada uno trata de dar lo mejor de sí, estimulado por los demás.

Esto, si no quiere reducirse a una mera declaración de principios, tiene que concretarse en un clima institucional y en unos métodos didácticos. Y, consiguientemente en el rechazo de otros, que expresan sólo bien sea la rutina, bien la competencia individualista. Tenemos que pasar de un juego en el que uno gana y los demás pierden a otro en el que todos podamos salir ganados y en el que se estimule y valore el aporte de cada uno, agradeciendo más al que más aporta. Que así sea.

Hemos comenzado asentando que la base de nuestra esperanza es la relación de Papadíos con nosotros. Vamos, pues, a concluir pidiéndole esa esperanza que él nos quiere

dar. Se lo pedimos porque la oración es el ejercicio consciente de esa relación con él como respuesta a la que él tiene siempre con nosotros, ya que siempre está amándonos y nuestro ser es el fruto de ese amor. Digámosle con toda confianza:

Padre bueno, nos dirigimos a ti desde esta situación absolutamente injusta, infecunda y desgastante. Tú sabes qué profundamente nos afecta. Lo que te pedimos es que no nos influya. Que tu presencia en nosotros nos dé paz de fondo. Que saber que tú no nos abandonas nunca y que eres la vida de nuestra vida nos lleve a no preocuparnos, pase lo que pase. Así emplearemos todas nuestras fuerzas en ocuparnos en vivir con dignidad, en conseguir la vida y en compartirla. Así seremos capaces de sembrar en nuestros alumnos la conciencia de su valor sagrado, de que son un tesoro que tienen que poner a valer para dar fruto, para que su existencia sea fecunda dando a otros esa vida que Dios les da. Que Papadios nos ayude para crear un clima de emulación y ayuda mutua, para que cada plantel llegue a ser una familia que se expanda por el vecindario. Te lo pedimos, Padre, por tu Hijo Jesús, nuestro Maestro 'para siempre y nuestro Hermano. Amén.